

imitado, tiene más genuina originalidad. Tasso no poseía mucha de esa inspirada inventiva que encontramos en unos cuantos de los grandes poetas, y que en este sentido más elevado no puedo conceder á Ariosto; él no sólo tomaba libremente, y acaso con estudio, de los antiguos, sino que introduce con frecuencia líneas enteras de poetas italianos más modernos, y especialmente de Petrarca. Tiene también algunos giros favoritos, que sirven para dar cierto amaneramiento á sus estancias."

Creo que los juicios que he trascrito bastan á mi intento, que no es otro en esta parte de mi estudio, sino el de probar, con opiniones respetables en el mundo de las letras, que el poema del Tasso goza, y muy merecidamente, de fama universal y duradera. Omitiré, pues, lo que Tiraboschi y Guingéné, historiadores ambos de la literatura italiana de que es joya valiosísima la *Jerusalem*, han dicho de ella, y omitiré también otros muchos testimonios que en multitud de obras se hallan, y que robustecerían los hasta aquí aducidos.

Si pues por donde quiera encontramos testimonios de la alta estima en que son tenidas la personalidad del Tasso y su gran poema, nada más natural que el noble afán que literatos distinguidos de todos los pueblos han tenido por verter á sus respectivos idiomas la *Jerusalem Libertada*. Indicadas quedan las versiones de que tengo noticia, y al llegar á esta parte de mi estudio, preciso es que me circunscriba á las traducciones castellanas, que son las que más nos interesan.

Ribot, en el prólogo de la que comenzó Caamaño y él terminó, cuya segunda edición, hecha en Valencia en 1872, tengo á la vista, dice: "En España poseíamos ya tres ántes de ésta: una en verso de D. Juan Sedeño, reimpresa en Barcelona en el año de 1829; otra por D. Melchor Sas, publicada también en dicha ciudad, año 1817, y otra trasladada al castellano de la traducción francesa, hecha en prosa en 1774, coregida después y publicada en 1814; la primera puesta en

octavas reales como el original. Sobre estar atestada de ripios y de libertades poéticas, pasa por alto ó adultera á menudo imágenes las más brillantes. La segunda, bastante conforme con el texto, está en verso libre, duro y desabrido, y la tercera, debida á D. Antonio Izquierdo de Wasteren, no adolece seguramente de los defectos de la primera: el lenguaje es castizo, y la versión me ha parecido tan textual, que á menudo me he servido de ella para descifrar el verdadero sentido de ciertos modismos que se encuentran en el original italiano. Pero esta traducción, que honra al que la hizo, es en prosa, y de consiguiente no nos deja saborear en el Tasso con los halagos de la versificación."

Después de estas traducciones de Sedeño (1587), de Sarmiento de Mendoza (1649), de Sas (1817), y de Caamaño y Ribot (1841), no sé que se hubiesen hecho otras en verso hasta la del marqués de la Pezuela (1855), por lo que respecta á España. En México, el Sr. D. José Joaquín Pesado publicó en 1860 unos "Fragmentos de la *Jerusalem Libertada*," cuyo conjunto suma noventa y dos octavas.

A fines de 1874 y principios de 75, publicó el periódico intitulado "El Artista" los primeros cantos de la *Jerusalem*, traducidos por el Sr. Gómez del Palacio. Las agitaciones de la política, las tareas gubernativas y los trabajos forenses impidieron al abogado duranguense terminar la publicación, hasta que en 1883, á ruego mio, accedió á que "El Nacional" insertase en su folletín aquel trabajo. Nuevos contratiempos, que no es del caso referir, interrumpieron la publicación cuando apenas iba hecha la de los tres primeros cantos, y así había quedado, causando no escasa pena á los que con júbilo saludaron la aparición de tan importante trabajo; pero que á éste dió remate el Sr. Gómez del Palacio, aun ántes de que se publicasen en 1874 los dos primeros cantos en "El Artista," cosa es de que no me queda la menor duda, como tampoco la tengo respecto á que si él acometió la empresa consagrán-

dole sus ocios, fué porque le eran desconocidas las versiones de que he hecho mencion. El Sr Gómez del Palacio, aun cuando hubiese podido encontrar que las antiguas versiones podian ser mejoradas, habria prescindido de hacerlo, pues de lo que trataba era de llenar un vacío que creia notar en las letras castellanas. Imaginaba que, cualesquiera que fuesen los defectos de su traducción, ella serviria, cuando ménos, para alentar á otros á hacerla con acierto. El Sr. Gómez del Palacio, debemos decirlo para rendir un homenaje á su ilustracion profunda, posee admirablemente el griego, el latin, el inglés, el frances, el aleman y el italiano. De este último tradujo, pues, directamente la *Jerusalem*, circunstancia que no debo dejar pasar inadvertida, porque ella realza el mérito de su traducción, toda vez que las versiones directas son las que mayores títulos tienen á la estimacion de las personas cultas, como que son las que ménos falsean el pensamiento original del autor traducido.

En cuanto á la del Conde de Cheste, publicada en Barcelona, debo decir que me era desconocida por completo su primera edicion, es decir, la de 1855 hecha bajo los auspicios de la Reina de España á quien fué dedicada. Pocos dias hace que hube de poder consultarla, para hacer la debida referencia en este trabajo. Estudiadas ya por D. Amador de los Rios las traducciones de la *Jerusalem* anteriores á la del Conde de Cheste, ocioso pareceria que intentase compararlas con la de nuestro compatriota. Así, me limitaré á decir, que el gran crítico español considera superior, y con mucho, la del que es hoy Director de la Academia Española, sin desconocer por eso las buenas cualidades que se notan en aquellas. En concepto del Sr. de los Rios, el Sr. de la Pezuela supo matizar el poema con las galas del estilo y del lenguaje, ennobleciendo uno y otro con frases, giros y arcaismos consagrados por los grandes ingenios castellanos del siglo XVI; pero agrega que el traductor introdujo peligrosas novedades respecto de

la diccion, dando carta de naturaleza á ciertos vocablos no admitidos hasta ahora en nuestro idioma.

Bueno es llamar desde luego la atencion sobre que ninguna de estas licencias se tomó el traductor mexicano, por más que no parezca propia de este sitio la advertencia, que acaso estaria mejor al presentar las muestras ó ejemplos de las dos traducciones, española y mexicana.

Tal vez mi entusiasmo por la gran epopeya italiana me haya llevado más léjos de lo que habria yo querido, entregándome á señalar con detencion las excelencias del original ántes de entrar á la comparacion de las traducciones castellanas. Mas era imposible prescindir de estos preliminares, atendiendo á que, para valorizar debidamente la utilidad de tales traducciones, es necesario conocer ántes la magnitud de la empresa.

Para no abusar de la benevolencia del lector, limitaré las comparaciones á las doce primeras octavas del canto primero. A nadie puede ocultarse que aun cuando en el curso de la obra existen pasajes más brillantes y de mayor interes, es más creible que al comenzar la version, que de suyo es fatigosa, los traductores estaban dominados de mayor entusiasmo para desempeñar la tarea, y eran más escrupulosos y se fiaban ménos de sus propias fuerzas y estudiaban mejor la manera de salir airosos.

Dice, pues, el Tasso, en el original italiano:

I

Canto l' armi pietose e 'l Capitano
 Che 'l gran sepolcro liberò di Cristo:
 Molto egli oprò col senno e con la mano;
 Molto soffrì nel glorioso acquisto:
 E ivan l' Inferno a lui s'oppose, e invano
 S'armò d'Asia e di Libia il popol misto;
 Chè il Ciel gli diè favore, e sotto ai santi
 Segni ridusse i suoi compagni erranti.

Jerusalem—4

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1625 MONTERREY, MEXICO

II

O Musa, tu, che di caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona,
Ma su nel cielo infra i beati cori
Hai di stelle immortali aurea corona,
Tu spira al petto mio celeste ardori;
Tu rischiara il mio canto, e tu perdona
S' inteso fregi al ver, s'adorno in parte
D'altri dilette, che de' tuoi, le carte.

III

Sai che là corre il mondo ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;
E che 'l vero condito in molli versi
I più schivi allettando ha persuaso:
Così all'egro fanciul porgiamo aspersi
Di soave licor gli orli del vaso;
Succhi amari ingannato intanto ei beve,
E dall' inganno suo vita riceve.

IV

Tu, magnanimo Alfonso, il qual ritogli
Al furor di fortuna, e guidi in porto
Me peregrino errante, e fra gli scogli
E fra l' onde agitato e quasi absorto,
Queste mie carte in lieta fronte accogli,
Che quasi in voto a te sacrate i' porto.
Forse un dì fia che la presaga penna
Osi scriver di te quel ch'or n'accenna.

V

É ben ragion, s'egli avverrà che in pace
Il buon popol di Cristo unqua si veda,
E con navi e cavalli al fero Trace
Cerchi ritor la grande ingiusta preda,
Ch'a te lo scettro in terra, o, si te piace,
L'alto imperio de mari a te conceda.
Emulo di Goffredo, i nostri carmi,
Intanto ascolta, e t'apparecchia all' armi.

VI

Già 'l sesto anno volgea, che 'n Oriente
Passò il campo cristiano all'alta impresa;
E Nicéa per assalto, e la potente
Antiochia con arte avea già presa;
L'avea poscia in battaglia, incontro a gente
Di Persia innumerabile, difesa;
E Tortosa espugnata: indi alla rea
Stagion diè loco, e 'l novo anno attendea.

VII

E 'l fine omai di quel piovoso inverno,
Che fea l'armi cessar, lunge non era;
Quando dall' alto soglio il Padre eterno
Ch'è nella parte più del ciel sincera,
E quanto è dalle stelle al basso inferno,
Tanto è più in su della stellata sfera,
Gli occhi in giù volse, e in un sol punto e in una
Vista mirò ciò ch'in se il mondo aduna.

VIII

Mirò tutte le cose, ed in Sorìa
S'affisò poi ne' principi cristiani;
E con quel guardo suo, ch' adentro spia
Nel più segreto lor gli affetti umani,
Vede Goffredo che scacciar desìa
Dalla santa città gli empj Pagani,
E pien di fe, di zelo, ogni mortale
Gloria, impero, tesor mette in non cale.

IX

Ma vede in Baldovin cupido ingegno,
Ch' all' umane grandezze intento aspira:
Vede Tancredi aver la vita a sdegno;
Tanto un suo vano amor l'ange e martira:
E fondar Boemondo al novo regno
Suo d'Antiochia alti principj mira,
E leggi imporre, ed introdur costume
Ed arti e culto di verace nume;

X

E cotanto internarsi in tal pensiero
 Ch'altra impresa non par che più rammenti:
 Scorge in Rinaldo ed animo guerriero
 E spirti di riposo impazienti;
 Non cupidigia in lui d'oro o d'impero
 Ma d'onor brame immoderate, ardenti:
 Scorge che dalla bocca intento pende
 Di Guelfo. e i chiari antichi esempi apprende.

XI

Ma, poich' ebbe di questi e d'altri cori
 Scorti gl'intimi sensi il Re del mondo,
 Chiama à sè dagli angelici splendori
 Gabriel, che ne' primi era il secondo:
 É tra Dio questi e l'anime migliori
 Interprete fedel, nunzio giocondo;
 Giù i decreti del Ciel porta, ed al Cielo
 Riporta de' mortali i preghi e 'l zelo.

XII

Disse al suo nunzio Dio: Goffredo trova,
 E in mio nome di' lui: Perchè si cessa?
 Perchè la guerra omai non si rinnova
 A liberar Gerusalemme oppressa?
 Chiami i duci a consiglio; e i tardi mova
 All' alta impresa: ei capitan fia d'essa.
 Io qui l'eleggo; e'l faran gli altri in terra
 Già suoi compagni, or suoi ministri in guerra.

La traduccion literal, en prosa, de las octavas que preceden, es la siguiente:

I

Canto las armas piadosas y al Capitan que libertó el gran sepulcro de Cristo. Mucho obró con la mente y con la mano; mucho sufrió en la gloriosa conquista; en vano el infierno se

le opuso, y en vano de la Asia y de la Libia los pueblos juntos; que el cielo le favorecia, y bajo su santa enseña reunió á sus compañeros errantes.

II

Oh Musa! tú, que de fugaces laureles no circundas la frente en Helicon, sino que en el cielo y entre los santos coros tienes de estrellas áurea inmortal corona; tú inspira al pecho mio celestial ardor, ilustra mi canto, y perdona si mezclo adornos á la verdad y agrego otros encantos á los tuyos.

III

Sabes que el mundo corre donde más le enajenan las dulzuras del Parnaso, y que la verdad dicha en dulces versos, sujetando á los más rebeldes los persuade. Así al niño enfermo presentamos bañados de dulce licor los bordes del vaso, y bebe engañado el jugo amargo, y de su propio engaño recibe la vida.

IV

Tú, magnánimo Alfonso, que me salvaste del furor de la fortuna, guiando al peregrino errante entre los escollos y las ondas agitadas, ya casi moribundo, acoge con faz agradable mis versos que, como un voto sagrado, te envío. Tal vez llegará un dia en que mi pobre pluma, présaga de tu destino, ose escribir de tí lo que ahora sólo indica.

V

Y será justo (si llega un dia en que el buen pueblo de Cristo se vea en paz, y con naves y caballos demandé al Trace fiero la grande injusta presa) que á tí se te conceda el cetro en la tierra, ó si más te agrada, el alto imperio de los mares. Émulo de Godofredo, escucha en tanto mis versos y apréstate para las armas.

VI

Ya el sexto año corria desde que en Oriente luchara el ejército cristiano en la alta empresa, y Nicea por asalto y la potente Antioquía con arte, habian sido vencidas; y despues ésta defendida en batalla contra la gente innumerable de Persia; Tortosa fué rendida, y llegada la mala estacion, el ejército esperó el nuevo año.

VII

Ya el fin de aquel invierno lluvioso que habia hecho cesar las armas, no estaba léjos, cuando desde su alto solio el Padre Eterno, que ocupa la parte superior del cielo, y cuanto hay de las estrellas al bajo infierno, tanto está más elevado sobre la estrellada esfera, baja los ojos, y en un solo punto y con una sola ojeada, miró todo lo que en sí encierra el mundo.

VIII

Miró todas las cosas, y en Soria se fijó donde estaban los príncipes cristianos; y con aquella mirada suya, que espia el interior de los afectos más secretos del corazon humano, vió á Godofredo que desea lanzar de la Santa Ciudad á los impíos paganos, y lleno de fe y de celo, desprecia todos los títulos mortales, la gloria y el imperio.

IX

Y mira en Baldovino la idea codiciosa que aspira sólo á las humanas grandezas; ve á Tancredo que desprecia la vida, pues tanto su vano amor le apena y martiriza; y á Bohemundo fundar en su nuevo reino de Antioquía altos principios, imponer leyes, mudar costumbres, artes, y levantar el culto del Númen verdadero.

X

Y está de tal manera entregado á ese pensamiento, que parece no acordarse de ninguna otra empresa. Mira en Reinaldo un ánimo guerrero y un espíritu sin reposo é impaciente; no ambiciona ni el oro ni el poder, sino con ardor immoderado desea los honores; y pendiente de los labios de Güelfo, aprender los antiguos y claros ejemplos y proezas de los antepasados.

XI

Despues que de estos y los otros corazones hubo sondeado los íntimos sentimientos, el Rey del mundo llamó á sí de entre los ángeles esplendorosos á Gabriel, que entre los primeros era el segundo, y entre Dios y los hombres buenos intérprete fiel y nuncio fecundo que trae los decretos del cielo, y al cielo sube las plegarias de los mortales.

XII

Dijo á su nuncio Dios:—“Vé á Godofredo y dile á mi nombre: ¿Por qué esa inaccion? ¿Por qué no se renueva ahora la guerra para libertar á la opresa Jerusalem? Llame á sus capitanes á consejo; que anime á los tibios en la ardua empresa; él será su caudillo, yo le elijo, y lo mismo harán los suyos en la tierra; guiará á sus compañeros, que le serán obedientes en la guerra.”

Veamos de qué manera tradujo estas doce octavas el Conde de Chestre:

I

Las pias armas canto y el guerrero
Que la gloriosa empresa coronando,
La tumba de Jesus salvó el primero,
El animo y la espada trabajando:
En vano se le opuso el Orco entero,
Toda el Asia y la Libia á un tiempo alzando;
Que el Señor le amparó, y á sus pendones
Recogió sus errantes campeones.

II

¡O Musa! tú que de laurel la frente
No vistes en las cumbres de Helicon,
Mas en el cielo entre la eñecta gente
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Inunda el alma de piedad ferviente,
Inspira mis acentos, y perdona
Si, á mundanos deleites acudiendo,
Verdades y artificios voy tejiendo.

III

Sabes que el hombre corre do el Parnaso
Sus lisonjeros dones siempre abulta,
Y al pecho más esquivo se abre paso
En dulces versos la verdad oculta.
Así con miel los límites del vaso
Tiñe al rapaz enfermo hermana adulta;
Amargos jugos engañado bebe,
Y al propio engaño la salud le debe.

IV

Tú, ¡magnánimo Alfonso! que aplacaste
De mi estrella el rigor, y al mar incierto,
Errante peregrino, me arrancaste,
Dando á mis ansias bonancible puerto;
Tú recibe estos versos que inspiraste,
De mi fiel gratitud tributo cierto:
Tiempo habrá que mi pluma precursora
Cante de tí lo que bosqueja agora.

V

Razon será que si á feliz reposo
Torna el paciente pueblo de María,
Y con armas resuelve al trace odioso
La injusta presa arrebatat un dia;
Razon será que en tierra ó mar sañoso
Te elija á tí su Capitan; su guía,
¡Émulo de Bullon! benigna oreja
Dame en tanto, y las armas apareja.

VI

Son ya más de seis años que de Oriente
El cruzado á las lides ha venido,
Y ha expugnado á Nicea, y á la ardiente
Antioquía con artes ha vencido.
Despues contra persiana inmensa gente
En batalla campal la ha defendido,
Ganada ora Tortosa, en paz salvaba
De la cruda estacion la furia brava.

VII

Y ya el fin del lluvioso y triste invierno
Que las lides paró, léjos no era,
Cuando el Señor desde su solio eterno,
Que está del cielo en la region postrera,
Y cuanto hay desde el sol al bajo infierno
Tanto está más allá de la alta esfera,
Bajó los ojos, y en un punto y una
Mirada vió cuanto la tierra aduna.

VIII

Miró todas las cosas, y en Soría
Se detuvo y los príncipes cristianos,
Y con aquel mirar que adentro espia
Los afectos recónditos humanos,
Mira á Gofredo, que arrojar ansía
De la ciudad sagrada á los paganos,
Y en celo puro el ánima abrasada,
Gloria, imperio y poder estima en nada.

IX

Ve á Baldovino en su codicia inundo,
 Que á intereses terrenos sólo aspira;
 Ve á Tancredo olvidar la vida, el mundo;
 Tanto en su ciego amor arde y delira;
 Y afirmar los cimientos á Bohemundo
 De Antioquía, su nuevo reino, mira;
 E introducir costumbres, artes, leyes,
 Y el verdadero altar del Rey de reyes;

X

Tanto en esto ocupado el pensamiento
 Que otras deja en olvido ínclitas cosas.
 En Reinaldo descubre el noble aliento,
 Las indómitas fuerzas belicosas,
 Su desprecio del oro y alto asiento,
 Su sed de honor, de empresas generosas;
 Y le ve que de Güelfo atento pende,
 Y de él las glorias de su raza aprende.

XI

Y luego que las hondas intenciones
 De unos y otros repasa el Rey del mundo,
 A Gabriel llama á sí, que en las regiones
 De angélico esplendor es el segundo;
 Que entre Dios y los rectos corazones
 Es intérprete fiel, nuncio fecundo;
 Que el divino mandato baja al suelo,
 Y las preces del hombre sube al cielo.

XII

Y así le dice: "Mi mandato lleva
 Hora á Gofredo, que con torpe olvido
 Los gloriosos esfuerzos no renueva
 Por ver el muro de Salem rendido.
 Llame á consejo y á los tardos mueva,
 Y él los conduzca al triunfo esclarecido.
 Aquí le elijo yo, y allá en Soría
 Todos le acatarán caudillo y guía."

Nuestro compatriota el Sr. Gómez del Palacio hizo la version de este modo:

I

Canto las armas pias y el guerrero
 Que de Cristo libró la Tumba Santa;
 Mucho su mente obró, mucho su acero,
 Y mil penas turbaron gloria tanta.
 Luchó en vano el infierno; el pueblo fiero
 Que Asia y Libia juntaron, no le espanta,
 Que guía el cielo mismo sus pendones
 Seguidos de la flor de las naciones.

II

Musa que de laureles de este suelo
 No circundas tu frente en Helicon,
 Mas entre santos coros en el cielo
 Ciñes de estrellas inmortal corona,
 Llena mi pecho de celeste anhelo,
 Mi humilde voz levanta; mas perdona
 Si voy mezclando á la verdad sincera
 Adornos bajos para tu alta esfera.

III

Que halla en el mundo plácida acogida
 Del Parnaso el idioma lisonjero,
 Y en blandos versos la verdad vertida,
 Doma y persuade el ánimo más fiero:
 Así al enfermo niño se convida
 Con el vaso en que miel gustó primero,
 Y si engañado amargos jugos bebe,
 Al engaño salud y vida debe.

IV

Tú, magnánimo Alfonso, que me diste
Asilo, cuando erraba peregrino
Y me salvaste del naufragio triste
Que sumergió el bajel de mi destino:
Acoge con amor, cual siempre hiciste,
Los versos que en ofrenda te destino:
Acaso un día se honrará mi pluma
Con publicar de tu virtud la suma.

V

Si el fiel pueblo de Cristo, ora agitado
Goza un día de paz, y en alta empresa
Arrancar quiere al Truce detestado
La grande, inestimable, injusta presa
Razon será que á tu ánimo esforzado
Se dé el más noble cargo y que más pesa.
Émulo de Gofredo, escucha en tanto
Y las armas dispon miétras yo canto.

VI

Corria el año sexto que en Oriente
Combatiendo el cristiano consumiera;
A Nicea por asalto, á la potente
Antioquía por arte redujera,
Y en batalla despues contra la gente
De Persia, su valor la defendiera.
Venció á Tortosa, y la estacion helada
Le hace esperar del nuevo año la entrada.

VII

El término de aquel lluvioso invierno
Que á la tregua obligó, ya se acercaba,
Cuando del alto cielo, el Padre Eterno
Que la estrellada esfera dominaba,
Tanto y más que lo que ella al bajo infierno
En infinita altura superaba,
Volvió la vista abajo, y en un punto
Vió cuanto encierra el universo junto.

VIII

Sus ojos luego hácia Soria inclina,
Do están juntos los príncipes cristianos,
Y aquella su mirada que examina
Del corazon del hombre los arcanos,
Ve que Gofredo la ciudad divina
Anhela recobrar de los paganos,
Y de celo inflamado y de fe pura,
De oro, de gloria ó mando no se cura.

IX

Mira en Balduino mente codiciosa,
Que á grandezas humanas sólo aspira,
Y en Tancredo pasion vana amorosa,
Que alto desprecio de la vida inspira.
A Bohemundo en Antioquía hermosa
Las bases de su reino poner mira,
Dar leyes, cambiar usos, y piadoso
Fundar de Cristo el culto glorioso;

X

En cuya empresa tanto se complace,
Que de otra alguna al parecer no cuida.
En Reinaldo descubre ánimo audace
Y mente de reposo mal sufrida;
De oro, mando ó poder cuenta no hace;
De honra quiere no más suma crecida.
De los labios de Güelfo está pendiente,
Oyendo hazañas de la antigua gente.

XI

Luego que de los claros campeones
Leyó los pechos el Señor del mundo,
Llama de entre las célicas legiones
A Gabriel, de los príncipes segundo,
Que las puras y santas oraciones
De los justos, á Dios dice facundo,
Y es del cielo piadoso mensajero
Que sus mandatos lleva al orbe entero.

XII

Dice á su nuncio Dios: "Vuela á la tierra,
 " Busca á Gofredo, y dile que el reposo
 " De nuevo trueque á la sangrienta guerra,
 " Y á ganar á Sion marche animoso;
 " Que á consejo convoque á cuanto encierra
 " Su ejército de noble y valeroso;
 " Que será el capitán por mí nombrado
 " Y de sus capitanes ayudado."

Los preceptistas que han tratado del arte de traducir, reducen sus leyes á las siguientes: *exactitud* en interpretar; *estudio* en seguir el orden de las palabras del original; *economía* y *distribucion* en los períodos, dividiéndolos como el autor, en cuanto lo permita el sentido de la oracion y el genio del idioma en que se traduce. Fácil es comprender desde luego, que no observan religiosamente estas reglas todos los traductores, y que por lo mismo son ménos numerosas de lo que á primera vista parece, las versiones que reúnen las condiciones expuestas. Por una causa unas, y por diversa otras, se apartan del original; de donde resulta, que los que las llevan á cabo, ni nos hacen conocer un fiel traslado de las obras escritas en idioma que no poseemos, ni nos ofrecen otras originales ó nuevas, porque contienen pensamientos de dos autores y giros propios de dos idiomas.

Si de traducciones en verso hablamos, no es ni necesario decir que la dificultad de hallar una buena es mucho mayor. Un ingenio vulgar ó mediano, es incapaz de penetrar el sentido genuino del pensamiento de un gran poeta; lo tergiversa á menudo, lo empequeñece casi siempre, le despoja de sus mejores galas; miéntras que un poeta de robusta inspiracion y de excelsas producciones propias, acostumbrado á dar libre vuelo á sus ideas, se aviene mal á las trabas que le ponen las leyes á que sujetarse debe el traductor. El genio es creador

por excelencia, y, sin percibirlo, mezcla á las ajenas ideas las ideas propias; cree muchas veces que puede ser mejorada una imágen, y la mejora; halla más poética otra forma, y se la da, y para decirlo de una vez, la idea del propio valer le hace mirar como servil el ejercicio de un arte que no conduce á la inmortalidad, aspiracion sublime y única de los que han recibido del cielo el soplo divino de la inspiracion creadora que halaga, encanta y fascina con sus concepciones.

Si poetas notables, enamorados de ciertos pensamientos de otros poetas de su talla, se ocupan algunas veces en verterlos á su idioma, jamas eligen las composiciones de largo aliento; y aun cuando llegan á quedar satisfechos del nuevo ropaje con que han vestido la composicion extraña, jamas colocan á ésta en el sitio preferente de sus obras, sino que la señalan como labor secundaria, como simple entretenimiento, como tributo pagado á un momento de entusiasmo, sin miras ulteriores, sin cifrar en ella título alguno de su gloria.

Hé ahí por qué sube de punto el valor del servicio que á una literatura presta quien se entrega á la penosa y difícilísima tarea de traducir un gran poema, como cualesquiera de los que forman el tesoro de las antiguas literaturas. Los hombres doctos, los que conocen todas y cada una de las dificultades que un buen traductor tiene que vencer, son los únicos que aprecian su trabajo. La mayoría de los que de éste se aprovechan, que sin él habrian ignorado por siempre las infinitas bellezas de las epopeyas clásicas, esos mismos son los que más presto olvidan al traductor, los que admiran al autor y le citan á cada paso, sin cuidarse nunca de proclamar que sin la mediacion de éste ó aquel traductor, no habrian podido deleitarse con tan amenas lecturas.

Innumerables autores han tratado de las excelencias y de la utilidad del arte á que vengo refiriéndome. Para no dejar de citar, en obsequio de la juventud estudiosa, á algunos de ellos, indicaré que merecen ser leídas las reflexiones puestas